

Biblioteca-Films

Historia de un dólar

Núm. 42

25

cénts.



Helene
Caud vict
G. M. Moore



BIBLIOTECA FILMS

TÍTULO DE LA SUPREMACIA

REDACCIÓN:

Urgel, 9, 2.º, 2.ª

Teléfono 3028 - A

BARCELONA

APARECER TODOS LOS MARTES

REVISADO POR LA CENSURA MILITAR

La Historia de un Dólar

(DANGEROUS MONEY)

La novela de un pobre alfahiler llegado a millonario,
y de un millonario reducido a la miseria

EXCLUSIVAMENTE Goldwyn Cosmopolitan Corporation

Rambla de Cataluña, 122 - Barcelona

PERSONAJES

Tomás Giluley
Filomena Mortimer
Señor Mortimer
Señora Mortimer
Sr. Carswell
Sra. Carswell

INTERPRETES

Tom Moore
Helene Chadwick
De Wit C. Jennings
Grace Pike
Kardee Kirland
Darrel Pass

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA

El señor George Mortimer, millonario new-yorkino, recibe en su despacho a su arquitecto.

—¿En qué época le parece pueden estar terminadas las obras?

—Señor Mortimer, si no se interpone ninguna causa de fuerza mayor, el rascacielos estará terminado dentro de un año.

—Antes, antes, señor arquitecto. Se han hecho los fundamentos y hasta el segundo piso en cuatro meses. ¿Y usted quiere emplear un año para los veintidós pisos que faltan?

—No se puede establecer una proporción. Pues cuanto más alto trabajemos más despacio va la construcción... Yo creo que hasta el mes de mayo del año próximo no podré dejar terminada la casa. A menos que usted quiera que aumentemos el número de obreros...

—Sí, no me importa... Me convendría tenerla terminada en enero o febrero.

—Entonces, señor Mortimer, es preciso que usted me aumente los anticipos mensuales.

—¿Cuánto quiere?

—Ahora me entrega usted treinticinco mil dólares mensualmente. Pues bien, si quiere que la termine en enero me debe entregar ochentimatro mil.

—¿Mensuales?

—Sí, sí, cada mes.

—Bueno, bueno... Le voy a pagar los del corriente.

El señor Mortimer sacó el talonario de cheques y firmó uno por ochentimatro mil dólares que entregó a su arquitecto.

—¡Muchas gracias, señor Mortimer!... Voy a dar las órdenes pertinentes para aumento del personal.

—Yo iré dentro de unos instantes a la obra.

—Hasta luego, pues, señor Mortimer!

—Hasta luego!

En aquel mismo instante llegaban la señora Mortimer y su hija Pilomena, hermosa joven de diez y ocho años, dispuestas, como siempre, a realizar un ataque a mansalva.

—Papá, papá, mira. Está en venta. —Y la joven mostraba a su padre una revista abierta. —Sólo cuesta veinticinco mil dólares. ¡Es un yate precioso!

—Verdaderamente es precioso; y... no me parece caro.

—Ya te lo decía, mamáta, que papá lo compraría barato.

—¿Muy barato!

—¿Me lo comprarás?

—¡Ah!... Eso ya es otra cosa...

—¡Papáito!... Tú eres muy bueno—y le acariciaba.

—No, si ya lo sé. ¡V tú muy ladina!

—Nada, quiero que me compres el yate éste... Es una ganga única... Nuevo valdría el doble.

—Mira, George—interrumpió la señora Mortimer, presentándole un catálogo ilustrado—qué órgano de salón...

—¡Bonito, bonito!...

—¿Te gusta?

—¡Marcho!

—Bueno, pues entonces... me lo comprarás para el salón de conciertos... Hará juego con el piano de cola que me compraste el mes pasado.

—¿Quién lo tocará?

—Nadie; pero... adornará.

—¿Y cuánto cuesta ese adorno?

—Nada...

—Que lo traigan enseguida.

—Una friolera... Siete mil dólares.

—Batato también; pero... que no lo traigan.

—Es un ridículo que no tengamos órgano en casa.

—Era un ridículo que no tuviéramos más que un Ro-Verre y te compré el Roll-Royce; era un ridículo que tuviésemos dos chófers y te puse chófers y lacayos, que no tuviésemos berlina, y...

—Y me pusiste en berlina comprándome aquel accedón tirado por cuatro caballos.

—Sí, un acordeón que, con el tranco, no me costó más que nueve mil dólares... Ahora considera si te puse en berlina. Luego se es antojó una canoa automóvil y la tuvisteis. ¡Sólo la habéis utilizado dos veces en seis meses y ahora queréis un yate y un órgano! Veremos si algún día se os antoja pedirme la estatua de la Libertad o un acorazado.

—¡Vaya, no exageres, George!... No podrías tener esposa que más barata te saliera.

—En efecto, sólo en modistas y alhajas gastamos la mitad de nuestra renta y la otra mitad en fiestas y caprichos... Si seguimos así, no podremos terminar el rascacielos comenzado.

—No hablémos más... Me comprarás el órgano y lo estaremos el día del cumpleaños de Filomena...

—Otra fiesta?...

—Otra fiesta que pagaré yo...

—Con mi dinero... Vayamos a ver las obras y déjate de órganos.

Por este diálogo comprenderá fácilmente el lector que por muy crecida que fuese la fortuna del honorable señor George Mortimer era muy poco sólida, y que con aquellos dos vampiros, con falda se podía consumir, no una, sino muchas fortunas, por muy cuantiosas que fuesen.

II

El futuro rascacielos que el señor Mortimer había construido en la Avenida Washington, y que tenía gran interés en ver acabado para el siguiente enero, va alzándose con aquella prodigiosa celeridad con que se construyen en los Estados Unidos casas que, habitadas por miles de inquilinos, producen rentas fabulosas. Un engranaje de más de novecientos obreros trabajan en ella y su construcción cuesta una verdadera fortuna.

Una inmensa grúa funciona para levantar los inmensos cangilones que arragan la tierra de los sótanos. Como peón al servicio de esta grúa está un leonardísimo obrero, llamado Tomás Gibbley. Es joven, inteligente, trabajador, ahorrador y apasionado por la música, a cuya afición coadyuvan su buen oído, su excelente voz y... una armónica que le ha

costado setentaicinco centavos y que toca con gran perfección.

En los momentos que le dejan libres los trabajos de la grúa, cuyos rangilones está encargado de llenar, toca la armónica.

Tomás Giluley había nacido en el seno de una familia muy pobre, y sus padres no habían podido darle más que una rudimentaria instrucción. Cuando supo leer casi de corrido, escribir incorrectamente y las cuatro reglas aritméticas, pusieronle al trabajo para que pudiese ayudar, con su jornal, a las necesidades familiares. Pero él, con el deseo de ilustrarse, iba todas las noches, después del trabajo, a un centro instructivo gratuito para aprender en la edad puerba, lo que no pudo en la niñez. Así iba creciendo, al propio tiempo que crecía en él el deseo de emanciparse de la esclavitud del trabajo por una vida de aborro. Huyó siempre de los compañeros viciosos y malgastadores, y de los que buscaban remedio a su vida de trabajo en los medios violentos, como huelgas y desplantes. Y en aquella vida de trabajo y privaciones Giluley era feliz, según se veía en su rostro siempre expansivo.

Después de cargar el inmenso rangilón, saca de su bolso su armónica y con aire de satisfacción toca el conocido: ¡Bananas!... ¡Bananas!... El maquinista, desde su asiento de la grúa, coge un pedacito de carbón y lo tira a la cara de Tomás, quien se vuelve hacia el maquinista:

—¿Le molesta la música?

—No, pero eso de ¡Bananas!... podrías dejarlo para el postre... Oyendo tu armónica me parecía escuchar la filarmónica de Boston,



La sencilla filarmónica quiere hablar contigo.

—¡Déjeme, maquinista!... Estoy dando una serenata a la luna, para ver si suelta los cuartones. ¡Que bien los necesito!... —Y continuaba con su música.

—Este Tomás —dijo el maquinista al mecánico que a su lado se sentaba— me encanta; siempre está alegre; y no hay otro tan trabajador como él.

En aquel momento llegó a la obra el señor Mortimer acompañado de su señora e hija y del arquitecto. Tomás Giluley tocaba su armónica y la señorita Filomena le contemplaba con placer.

—Mira, mamá, qué bien toca aquel joven.

—Es un excelente obrero —dijo el arquitecto—. Hace trabajo por dos.

—Pues toca bien —observó Filomena.

En aquel momento descendió el carrilón; Giluley metió su armónica en el bolso y mientras con la pala lo llenaba de tierra, se puso a cantar una canción de moda.

—Me gustaría hablar con él —insinuó la hija del propietario.

—Ya lo llamaré —manifestó el arquitecto, y asomándose a la puerta de la valla, llamó:

—¡Tomás!... —Aquél levantó la cabeza—. ¡Ven!

Subió al peón con aire sobrecogido y algo tímido. El arquitecto le dijo:

—La señorita Filomena quiere hablar contigo.

Giluley se descubrió y dando vueltas a su gorra en sus callosas manos se acercó a aquella elegante señorita que lo acogió sonriente:

—Toca usted muy bien, Tomás.

—Muchas gracias, señorita... Me gusta mucho la música.

—Pero se debe usted fatigar...

—¡Fatigarme yo?... ¡Café! Tengo muy buenos pulmones.

—¿Con qué instrumento tocaba usted el «¡Nanana!»... ¡Nanana!»?

—Con esta flarmónica —contestó sacando de su bolso el pequeño instrumento—. Yo aprovecho las pausas a que me obliga el trabajo de la grúa en lo que más me gusta y así paso los días... Llego el sábado, cobro... Llego el domingo, pago... El lunes vuelto al trabajo y... ¡sigo tocando!

—¿Qué vida más aburrida y verdad?

—No lo crea usted, señorita... Yo soy feliz y lo seré mientras posea esta armónica para seguir tocando, y salud para trabajar... ¡Ah!... y mientras no tenga novia que festejar o mujer que mantener...

—¡Ja, ja, ja... ¿Entonces no se quiere usted casar?

—Sí, señorita, sí... ¡Cuando sea millonario!

—¡Ja, ja, ja... ¿Y trabaja para serio?

—Voy muy poco a poco; pero llegaré. Llegaré porque quiero; aunque no tengo prisa; pues comprendo que las dos cosas que más disgustos deben proporcionar son: una gran fortuna y una mujer por pequerita que ella sea.

—Me gustaría tener esa armónica... ¿Me la quiere usted regalar?

Tomás Giluley abrió desmesuradamente los ojos. Aquel pequeño instrumento dulcificaba sus horas de tedio, era como el talismán de su dicha y... le había costado setenticinco centavos. Sacó de su bolsillo la armónica y un mo-

quero con el que la frotó para limpiarla. Mientras tal hacía, sin mirar a Filomena, le contestó con aire de tristeza.

—Sí, señorita, sí; no faltaba más... ¡Con mucho gusto!... ¡Tome usted!—y se la entregó.

—¡Gracias, Tomás!... La guardaré como recuerdo de un excelente obrero.

—¡Señorita!...

—Sí, sí; el señor arquitecto nos ha dicho que es usted muy trabajador.

Filomena, al decir esto, abrió su bolso y de su portamonedas sacó un dólar y se lo entregó.

—¡Tenga, Tomás!

—Muchas gracias; no tengo por costumbre recibir más dinero que el que ganó con mi trabajo.

—¡Tómelo!... Usted me ha dado un concierto y yo se lo quiero pagar.

—¡Gracias!—pronunció Giluley cogiendo el pequeño billete algo avergonzado y a regañadientes. Y se despidió.

—¡Es simpático!—dijo Filomena cuando se hubo acercado al grupo formado por sus padres y por el arquitecto.

—Mira, mamá—y le enseñaba la armónica.

—Sí, sí; dáselo a tu madre—dijo el señor Mortimer, y dirigiéndose a su esposa, añadió: —¿No querías un órgano?... Pues ahí tienes uno que garantiza la felicidad.

Bajó Tomás Giluley a su trabajo al lado de la grúa, estrujando entre sus dedos el billete de un dólar que le habían dado.

—¿Qué?...—le preguntó el maquinista—,

¿te han reído porque tocabas el «¡Bananas!... ¡Bananas!»?

—Aquella señorita me insultó regalándome un dólar con aire de protección... No sé quién es, pero le juré que algún día he de devolvérselo quiera o no quiera. Lo que más siento es que se la enamoró...

—¿De ti?—interrumpió el maquinista en tono de mofa.

—De mi instrumento; pero ya que no puedo tocar cantaré... «¡Bananas!... ¡Bananas!»

En aquel momento la sirena de la grúa dio tres pitadas estridentes. Era la señal para el descanso meridiano, durante el cual se daban a los obreros dos horas para que pudieran comer.

Tomás Giluley, siempre silbando, cogió su cestito y fuése a sentar sobre unas jéceras al lado de otro obrero.

—¿Hay apetito, Tomás?—le preguntó el compañero.

—Más que comida.

—Vaya, no te quejes, que buenas provisiones traes.

—No me quejo, no... ¡Cuántos hay que quisieran comer como yo!... No envidio ni al Presidente de la República... Yo soy de los que creen que el hombre debe comer para vivir y no vivir para comer.

—Pues si yo fuese rico...

—¿Quieres serlo?

—Ya lo creo.

—¿Y qué haces para lograr ese deseo tuyo?

—¿Cómo, qué hago?

—Claro, uno que quiere un fin, toma los medios.

—¿Qué medios?

—Pues los medios para ser rico.

—Para ser rico hay que tener dinero, y yo no sé donde caerme muerto.

—¿Qué ganas?

—Lo que tú, tres dólares diarios.

—Tres dólares... ¿cuánto gastas?

—Todo lo que gano.

—Entonces ya no quieres ser rico.

—¿Cómo que no?

—Tú haces como aquel que quería ir a Boston y tomó el tren para San Francisco. O como un vecino mío que quiere ser zapatero y ha entrado de dependiente de un escultor.

—¿Cómo exageras!

—No exagero. Fíjate. Yo quiero ser millonario y tomo los medios para serlo. Tú ya sabes que el que no ahorra el primer dólar nunca ahorrará el segundo.

—¡Claro!

—Pues bien. Yo gano diez y ocho dólares a la semana. Gasto nueve para habitación, comida y vestido y los otros nueve van a parar a la Caja de Ahorros... Con lo cual resulta que al fin del año yo poseeré unos 468 dólares; hacer cuatro años que lo hago; por consiguiente, calcula lo que tengo ahorrado... Al cabo de diez años serán 4 680 dólares.

—Eres muy inocente, Tomás. Para llegar al millón necesitarías vivir más de veinte mil años.

—No, el inocente eres tú, porque crees que yo me contentaré toda la vida ganando ese mezquino jornal. Yo trabajo para poder ganar mucho más y, por consiguiente, poder ahorrar más también. Cuando mis ahorros sean sufi-



—Pues no, pues... Financiero listo.

cientes pienso poner un negocio... ¿eh? ¿eh?... ¿qué te parece?

—Me parece que sueñas.

—Al tiempo. Sigue tú con tu sistema y yo con el mío. Veremos quién de los dos lo acierta.

En aquel momento llegó un vendedor ambulante. Con un gran cesto de toda clase de géneros alimenticios y tabacos recorría los grupos de obreros durante la hora de la comida. Acercóse a Tomás Giluley y le ofreció su mercancía. Este tomó un cigarro habano.

—¿Cuánto es?—preguntó.

—Diez centavos.

—¿Esto diez centavos?

—Sí, señor, diez.

—Bueno, pues... fúmeselo usted.

Fuése el revendedor. Volvióse Giluley a su compañero y díjole:

—¿Ves?... Ya tengo diez centavos más para el millón que estoy formando.

Toró de nuevo la sirena y Tomás reanudó su trabajo, poniéndose a llenar el canchón. En aquel momento desde lo alto de la calle, donde estaba situada la valla, cayó un saquito de viaje a sus pies que se abrió con el golpe, desparamándose por el suelo su contenido consistente en muchos fajos de billetes de mil dólares. Uno de los obreros que trabajaban con Giluley quiso recogerlos; mas éste se opuso.

—¿Araso son tuyos?

Rápidamente los recogió, volviolos a meter en el maletín y subió rápido llevándolos en busca de su dueño.

Al llegar a la calle ofrecióse a su vista un espectáculo nuevo para él. Dos individuos de-

centenente vestidos, empuñaban sendas pistolas con las que disparaban a mansalva, luchando para desahirse de dos policías y del arquitecto del rascacielos en construcción. Los tres que luchaban por sujetar a los ladrones, estornudaban constantemente, y ya los discípulos de Caco iban a lograr escapar de sus garras; pero Giluley arrebatóles las pistolas y pudo, trabándoles los pies, cautivarlos. Y el valiente Giluley ofreció a la policía unos ladrones con pimienta y al arquitecto un maletín con la friolera de ochenticuatro mil dólares que éste acababa de cobrar en el Banco.

Al defenderse, los ladrones lo hicieron echando pimienta a los rostros de sus perseguidores, lo cual produjo su efecto y éstos empezaron a disparar, en un terceto ensordecedor, una serie de terroríferos estornudos.

Después de aquella estornudante escena, Tomás Giluley fué gratificado espléndidamente. Además el arquitecto, queriendo manifestarle su complacencia, le preguntó adornando la frase con algunos estornudos:

—¿Qué es... ¡atschí!... lo que más... ¡atschí!... te gustaría?

—¿Qué me gustaría más?... Pues que me ascendieran a peón albañil.

Aquel mismo día Tomás Giluley se posesionó de la gaveta y tuvo su campo de acción entre los andamiajes del rascacielos en construcción, y tan bien cumplió con su misión, sin dejar su filarmónica afición, que el maestro de obras lo ascendió, al cabo de pocas semanas, a oficial albañil. Con lo cual mejoró considerablemente su situación económica, pues ganando más y acostumbrado a gastar lo mismo, pudo

poner semanalmente en la Caja de Ahorros algunos dólares más.

Con la aplicación que ponía en su oficio no tardó en llegar a ser el mejor oficial de cuantos trabajaban en la construcción, y el maestro de



Tomás Giloley

Tomás Giloley

obras encomendábase los trabajos más delicados y difíciles.

Bastante antes de terminarse el ascencielos Tomás Giloley era capataz con un bonito sueldo mensual que le permitía aumentar considerablemente sus ahorros y darse el lujo de ir más decentemente vestido. Joven, sin vicios,

con amplios conocimientos en el arte de la construcción, con unos centenares de dólares en la Caja de Ahorros y con varias láminas del Estado y de compañías solventes, Tomás Giloley vislumbraba un porvenir más que risueño, brillante.

Desde el día en que una joven le diera un dólar que él no había ganado, y que conservaba cuidadosamente, le obsesionaba la idea de devolvérselo. Él buscaba a aquella señorita, cuya imagen tenía bien grabada—no sabía si en la memoria o en el corazón—y le decía: —«Señorita, tome lo que es mío; hoy ya no lo necesito.»

III

¡Oh, contrastes de la vida!... Mientras el obrero hacendoso, honrado y trabajador, por el esfuerzo de su voluntad y por su constancia en el ahorro había alcanzado una relativa independencia, y llegado a ser el maestro de obras—por defunción de su predecesor—de aquel rascacielos, el señor Mortimer, el millonario, se veía en la precisión de poner en venta el inmueble, próximo a terminarse, por no poder continuar las obras a causa de los despilarramos y vida de grandezas de sus malgastadoras esposa e hija.

Hacia dos meses que el señor Mortimer no había podido pagar el anticipo convenido a su arquitecto y éste amenazábase con despedir a todos los obreros. En este aprieto, el señor Mortimer no tuvo más remedio que poner en venta el inmueble. Presentóse un sólo comprador, el viejo señor Carswell, quien se aprovechó de la situación apurada del señor Morti-

mer para obtener el inmueble a un precio verdaderamente irrisorio.

En la primera entrevista entre el comprador y vendedor, aquél iba acompañado de su hijo Edwards, de 24 años, tan elegante como vicioso. Acostumbrado a vivir a costa de las riquezas de sus padres, no se había preocupado de crearse una situación independiente.

Había crecido sin ningún ideal noble, y pasaba su vida parte en la cama y parte en los centros de depravación como salas de juego, cabarets y otros donde los concurrentes se burlaban de la ley seca y de otras leyes divinas y humanas. En una palabra, el joven Edwards Carswell era un degenerado en toda la extensión de la palabra.

Este joven fué presentado a la familia Mortimer, y mientras su padre y el de Filomena se convenían para la venta del inmueble, aquél y la bella hija del millonario arruinado conversan amigablemente en un saloncito próximo.

—Siéntese, señor Carswell.

—Muchas gracias, señorita. Me habían hablado de su belleza, pero todos los elogios que me han hecho de usted son débil sombra de la realidad.

—¡Oh!... ¡Qué adulator está usted!

—No lo crea, señorita; usted sabe mejor que yo que lo que le digo es verdad. Porque seguramente usted se mirará al espejo.

—Me miro muchas veces; pero no con los mismos ojos que usted me ve. Es decir que me miro y no me veo.

—Pues yo la miro y me parece que sueño. Usted, señorita, es la mujer de mi ideal.

—¿Y me lo dice usted así, tan a quemarropa?



—Presentes a dólares.
—Quinientos le doy yo, señorita.

Tiene usted más suerte que yo, señor Carswell, porque yo aún no he hallado al ideal de mis ensueños.

Al decir esto, Filomena se levantó, como despidiendo al joven Edwards Carswell que tan poca gracia le hacía.

—Señorita, beso a usted la mano.

Filomena, sin dignarse alargarle la suya, despidióse:

—Usted lo pase bien, joven.

Y salió.

Los señores Mortimer y Carswell quedaron convenidos en el precio del inmueble, próximo a terminarse, y se citaron para hallarse en casa del notario al día siguiente.

Con lo que el señor Mortimer debía cobrar de la venta del inmueble apenas si tenía para satisfacer sus deudas. Llamó a su mujer y a su hija.

—Os he llamado para que os hagáis perfecta cuenta de nuestra situación económica. Mañana debo cobrar quinientos mil dólares por la venta del rascacielos que en mala hora, siguiendo vuestros deseos, quise hacer construir.

—¡Quinientos mil dólares!—exclamó la señora Mortimer.—No veo que nuestra situación sea tan apurada.

—Excehante hasta el fin. Debo al arquitecto cuatro meses a razón de ochenta y ocho mil dólares, o sea, trescientos treinta y seis mil. He aquí las facturas de vuestros modistos y joyeros, sumadas con lo que debo pagar al arquitecto, y veréis que en conjunto llegan a la suma que mañana tocaremos.

—Es que tú, George, vendes el rascacielos

en un precio ruinoso. A ti te ha costado tres veces más.

—Pues no me queda otro remedio que venderlo o pegarme un tiro, y eso último, francamente, no quiero hacerlo... Me molestan las detonaciones.

—Pues haces mal, porque los seres inútiles como tú, estorban en este mundo.

—Mamá, por Dios, no digas barbaridades.

—Es que tu madre, mientras ha sacado de mí todo lo que ha podido, para sus exagerados caprichos, parece quererme; pero ahora que estoy en la indigencia por su culpa, quisiera verme muerto.

—Pues yo creo—razonó Filomena—que no debemos alarmarnos. Hemos perdido todo lo que tenemos; ¿y qué? ¿No tenemos automóviles y joyas, caballos y objetos de gran valor?... Pues se vende todo y... ¡listos!... Que después de vendido todo esto para pagar nuestras deudas no nos queda nada, pues papá se busca un empleo y yo otro. ¿Listamos? Despediremos a toda la servidumbre, nos iremos a un pisito más modesto y mientras papá y yo ganaremos para el gasto de la casa, mamá llevará el menaje.

—Es decir, que haré de criada...

—Se trata de que los tres hemos de salvar la situación apurada en que nos hemos sumido por culpa de los tres.

—No, no; por culpa de tu madre—clamó el señor Mortimer.

—No, por culpa de tu padre—se excusó la señora.

—¡Por culpa de los tres!... Nosotras, mamá, hemos derrochado los dólares a millares y papá

ha sido demasiado débil y no ha salido imponerse haciendo frente a nuestros despojarros. Ya que los tres hemos contribuido a la ruina, a los tres toca hacer frente a nuestra situación, poniendo lo que esté de nuestra parte para lograr nuestra rehabilitación. Pero sin tristezas ni desalientos.

—Sí, hija mía, sí; seguiremos tus consejos—dijo el padre emocionado—. ¡A trabajar!

Yo ya he puesto un anuncio en los diarios para la venta de mi caballo «Sultán», que es lo que más quiero en el mundo.

—Gracias!—exclamaron a una los esposos.

—Me muero de pena al solo pensamiento de tener que dejarlo...

—Con tal que a él no le pase lo mismo antes de que lo vendas, ya iremos bien.

La señora Mortimer no estaba muy convencida aún de los argumentos de su hija y quedó pensativa.

—¿Qué piensas, mamá?

Pienso que tu solución es el mayor sacrificio que nos podamos imponer. Hay un medio mucho más sencillo para salir del atolladero en que nos ha metido tu papá.

—¿Un trito?—preguntó el señor Mortimer.

No. Hace un rato un joven muy simpático y muy rico se ha declarado a Filomena; lo he visto desde el saloncito...

Sí, el hijo del señor Carswell—manifestó Filomena.

—Ya comprendo—añadió el padre—; tu madre quiere que te cases con ese imbecil de Edwars Carswell, un hombre inútil y vicioso... Tienes la palabra, Filomena; pues yo no he de oponerme ni oponerme a tus deseos.



Filomena, desesperada, abandona su caballería. Hoyando, mientras Edwars le mira. No se desespere.

—Pues yo, aunque me viese en la precisión de pedir limosna, no me casaría con ese baturato.

—¡Vaya!... ¡Haces muy bien!—dijo el padre.

—¡Haces muy mal!—replicó la madre.

—No sé si hago bien o mal; pero no le amo y no me casaré con él, así me maten.

—Entonces...

—¡A trabajar!—exclamó Filomena—. El trabajo ennoblece y redime.

—¿De modo que yo debo ponerme un mandil y unos manguitos?

—Sí; yo iré hoy mismo a una academia mercantil.

—¿Y cómo la pagarás?—preguntó la señora Mortimer.

—Privándonos de los postres durante un mes.

—Bien, hija; tu espíritu animoso nos salvará de la ruina.

IV

Tomás Giluley se había ganado la confianza del arquitecto y del nuevo propietario. Un hecho sin importancia, pero que iba a influir en el porvenir del maestro de obras, vino a hacer peso en el ánimo del señor Carswell para determinarle a proteger a Tomás Giluley.

Edwards, el hijo del nuevo propietario del rescacielos, quiso visitar las obras y ascendió hasta la parte más alta en construcción, pesando, en estado beodo, haciendo equilibrios, por encima de unas jácenas. Al querer descender, era inminente su caída. Ningún obrero se atrevió a ayudarlo, pues uno que lo intentó cayó, sin hacerse daño, por fortuna, por haber que-

dado enganchado por la ropa en una viga. El señor Carswell y Tomás Giluley se hallaban en un andamio, cuando vieron a Edwards en aquel desventurado trance. Giluley se ofreció a salvarlo; pero el propietario le dijo:

—Vaya usted con cuidado; pues mi hijo, cuando se halla en ese estado, es muy violento y sería capaz de arrojarle a usted de aquella altura.

—No tema, señor Carswell; ya le haré seguir.

—Tome—y le entregó un fajo de billetes de banco—; enseñándole esto le seguirá.

Subió el maestro de obras; fué hasta la mitad de la jácena; enseñó al joven el fajo de billetes y éste extendió el brazo que Giluley cogió fuertemente y al fin pudo ponerle en salvo.

Como recompensa de aquella acción el señor Carswell cedió a Tomás Giluley aquellos billetes de banco, que ascendían a algunos miles de dólares.

Tomás Giluley ya no era el peón de alpergatas y limosna a quien Filomena diera un dólar como de limosna; vestía ya con bastante corrección y hoy le sobraban algunos miles de dólares. Conservaba en su cartera el que un día recibiera de aquella señorita y, sobre todo, vivía en él, más vehementemente que nunca, el deseo de devolverlo.

Pasaba él por una calle cuando vió pasar una amazona montada en un brioso alazán. Dióle un salto el corazón.

—Esa ella—se dijo.

Y sacando de la cartera el famoso dólar se iba a acercarse a Filomena; mas ésta, sin reconocerle, echó el caballo a gran trote. Ba va-

no corrió para alcanzarla, el bridón corrió más que él.

—Si tuviera un caballo—se dijo rascándose la cabeza—la seguiría... ¿Por supuesto si tuviera un caballo y supiera montarlo!

Y aquella idea de aprender a montar le obsesionó con tanta insistencia que al día siguiente Tomás fue a un picadero donde empezó a recibir lecciones de equitación.

Quiso adquirir un caballo y se le presentó una ganga. Vió un anuncio en un diario: *Se vende caballo de raza. Razón: teléfono número 22587 N. Y.* Fue Tomás al teléfono:

—¿Es usted que vende un caballo?... Bueno... ¿Qué precio?... ¡Trescientos dólares?... Bien... ¿Dónde podría probarlo?... Bien, bien. Precisamente es en ese picadero donde yo recibo lecciones de equitación... ¿Hoy a las once?... Gracias.

A las once de aquel día Tomás Giluley, elegantemente vestido, calzando botas de montar, esperaba al vendedor, o mejor dicho, vendedora, según había comprendido al telefoncar.

¿Cuál no sería su sorpresa al ver llegar, montando un precioso *pur sang*, a la señorita del dólar! ¿Qué ocasión más propicia para devolver el famoso dólar!

A aquella hora no había más que una persona en el picadero. Aquel debía ser el comprador.

—¿Es usted el comprador?—preguntó Filomena bajando del caballo delante de Giluley.

—Yo soy, señorita—respondió él. Y se puso a examinar el caballo.

Filomena reconoció en el comprador al poco de la armónica.

—¿Qué le parece?



Más de cuatro mil pretendientes espíanse.

—No hallo en él ningún defecto.

—¿Quiere usted montarlo?

—Si usted me lo permite daré una vuelta a la pista.

Tomás Giluley, después de probar el caballo de Filomena, volvió hacia ella.

—No me atrevo a comprárselo, señorita. Me falta valor para dejarla a usted sin su pasajero favorito.

—Es que hoy necesito el dinero mucho más que el caballo, joven.

—¿Cómo es eso?... ¿No decían ustedes en el anuncio que piensan viajar por el extranjero?

—La necesidad nos obligó a inventar esa pudente mentira... Si vendo mi «Sultán» es porque papá está en la ruina.

—Bueno... Quedamos en que usted pide por el caballo...

—Trescientos dólares.

—Quinientos le doy yo, señorita... ¡ni un centavo menos!

—¡Gracias!... Antes de cedérselo voy a despedirme de mi «Sultán» dando un par de vueltas.

Montó Filomena a caballo y después de dar varias vueltas, en el momento en que se acercaba a Giluley para hacerle entrega del lirio, éste cayó muerto. Filomena, desesperada, abrazaba su cabeza llorando, mientras Tomás Giluley le decía:

—No se desespere, señorita... El caballo quedó mío y se inutilizó después de comprárselo.

Consolándola estaba cuando llegó Edwards, el hijo del señor Carswell, quien tomando a

Filomena por el brazo se la llevó, prometéndole que no le faltarían caballos.

A Tomás Giluley se le había escapado, de nuevo, la ocasión de devolver el dólar que un día recibiera de aquella señorita.

V

Según el plan trazado por Filomena Mortimer, ella debía ponerse a trabajar como mecanógrafa; y todos los días miraba los anuncios del diario.

Por fin un día leyó: *Tomás Giluley, Constructor de Obras. Necesita una mecanógrafa. Veleisbure, 2481, 4.º Dep. 495.*

Aquel mismo día, Filomena, vestida modestamente, se presentó en la dirección indicada. ¡Horror!... ¡Más de cuarenta pretendientes esperaban al pie del ascensor para subir al departamento de aquella casa comercial indicado en el anuncio!

Mientras Filomena subía en el ascensor vió como en otro bajaba el ex-peón de la armónica, vestido de señor, el cual le quería comprar el caballo, y quiso hablarle. Cuando llegó al primer piso salió; pasó al ascensor descendente y bajó en pos de él. En el mismo momento en que salía de la caja del ascensor, vió como Giluley tomaba el ascendente. Y es que el joven mientras bajaba había visto también a Filomena y ahora subía de nuevo en su busca. Así anduvieron ambos, como jugando al escondite, hasta que Filomena, de tanto subir y bajar cayó desmayada en uno de los vestíbulos. Acudieron varias personas en su auxilio y cuando ya se la iban a llevar apare-

ció Giluley. Se hizo paso y llegó hasta la joven. La cogió en sus brazos y en el ascensor la llevó a su despacho.

Mientras en brazos iba de Tomás, ella volvió en sí y reconoció al joven que la llevaba; más continuó fingiendo desvanecimiento. Tomás Giluley al llegar a su despacho besó a la hermosa joven y la colocó sobre una mesa. Hizo traer una bebida a una dependiente y Filomena, poco a poco, fingió volver en sí.

—¿Dónde estoy?—preguntó saltando al suelo con ligereza.

—¿Dónde ibais, señorita?

—Iba a presentarme donde dice este anuncio—y enseñó al joven el de su casa.

—Pues Tomás Giluley soy yo... ¿Usted quiere ser mecanógrafa?.. Síntese a la máquina... Yo le dictaré...

Obedeció ella con los ojos puestos en aquel joven admirable que por sus esfuerzos había hecho una fortuna en un tiempo relativamente corto, y comparaba la conducta de aquel pobre obrero llegado a constructor, con la de su padre que de millonario habíase hundido en la miseria. Y le miraba y lo admiraba con un sentimiento que no había analizado bien; pero que a ella le pareció algo más que de simpatía.

Giluley puso en su boca un habano, sacó una fosforera, encendió, de su bolso sacó un billete de mil dólares al cual prendió fuego encendiendo con él el cigarro, estrujó el billete medio quemado y lo arrojó a la papelera.

Filomena abrió los ojos admirada de aquel ex-peón que encendía los cigarros con billetes de a mil.

—¡Escriba!—dijo Tomás poniéndose serio.

—No sé; pero me parece que usted será muy mala mecanógrafa. ¡Escriba!

Filomena preparó una hoja de papel en la máquina y se dispuso a teclear. Tomás Giluley dictó, quedándose tras de la pretendiente para ver lo que escribía, pues la máquina era visible.

Señorita Filomena Mortimer.

Distinguida señorita:

Espero alcanzar la dicha de hacerla mi esposa.

Cuando Filomena hubo escrito lo anterior, añadió por cuenta propia: *Señor Tomás Giluley, no se harte usted de una pobre.*

—Escriba lo que le dicto, señorita—y dictó:

Un día usted me quitó una armónica y me dió un dólar... Yo le dije que me gustaba la música y me aburrían las mujeres... Desde entonces acá he variado completamente de ideas. Ahora me aburre la música y me derribo por llegar al millón en compañía de una adorable muñequita...

—Señor Giluley, usted me hace escribir unas cosas...

—Bueno, ya escribiré yo.

Y Tomás inclinándose sobre la máquina pasando sus dos brazos sobre los hombros de Filomena, escribió:

Señorita Filomena Mortimer: Vea usted lo que son las cosas... ¿Desde hoy trabajaremos juntos para alcanzar el millón y... un hete, deró!

Aquella sesión acabó con un fuerte abrazo promisor de un próximo matrimonio.

Biblioteca Films

Se complace en
felicitar a sus
simpáticas lectoras
y buenos
amigos, deseándoles
un feliz y
próspero
Año nuevo.



El Gran Film **KOENIGSMARK**
delicada novela de amor, odio y misterio, no ha sido, de
momento, autorizada su proyección; sin embargo los
aficionados pueden admirar las bellezas que encierra,
leyendo esta novela en

BIBLIOTECA FILMS (Título de la Supremacía)

Constituyen un éxito las preciosas adaptaciones de nuestra
SELECCIÓN

Los más **Grandes Films** solo cuestan **50 céntimos**.
Incomparablemente, menos de lo que vale

LITERATURA
SELECTA

LOS MEJORES
FILMS

Próximo número:

2 de Enero

OTRO ACONTECIMIENTO

LA MUJER QUE SUPO RESISTIR

Delicada comedia dramática que, por su sentimental asunto, cautivará a las personas de corazón y de gusto refinado

Sea usted soltera
o casada
no deje de leerla

Protagonista

BÁRBARA LA MARR

Artista predilecta

Postal:
BEN LYON

50 céntimos

LOS MEJORES
ARTISTAS

PRECIO
ECONOM